



EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO

Diac. Esaú Primero Ángeles
Jalpa de los Baños, Ixtlahuaca,

Cuántas veces hemos meditado en querer volver el tiempo atrás para corregir lo que hemos hecho mal, y que de una u otra manera ha trascendido en nosotros, ¿cuántos hemos querido hacer esto en nuestra vida?

Cambiar la situación actual que nos aleja de Dios, es el deseo para el ser humano que quiere verdaderamente algo mejor para su espiritualidad, dicho de otra manera, salir de una condición de pecado a una vida de santidad y perfección de fe, ¿es posible mejorar nuestra condición de lo que hoy somos? y la gran interrogante de la vida, ¿podemos regresar el tiempo y esta vez hacerlo bien?

Definitivamente no podemos volver el tiempo atrás, pero sí podemos someternos a un proceso que borre nuestras rebeliones delante de Dios, para quedar sin culpa y con el perdón de todas nuestras faltas. Esto

sucedará cuando nazca un deseo de arrepentimiento de todo lo que hemos hecho mal, un reconocimiento profundo de que nos equivocamos, y de establecer un compromiso firme de jamás volverlo a hacer. De eso trata un arrepentimiento verdadero, en el que se genere: un corazón nuevo, un cambio sincero, una vida pura, sin mancha; de entrega total a Dios, como ofrenda viva, que tenga como resultado un auténtico hijo de Dios, que no volverá a cometer pecado, y todo esto se resume en lo dicho por el Señor Jesús: «*Haced pues frutos dignos de arrepentimiento*» (Mateo 3:8).

Analicemos el siguiente suceso en la vida del rey David, un hombre que el Señor había buscado conforme a su corazón. «*Y envió Jehová a Nathán a David, el cual, viniendo á él, díjole: Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas: Mas el pobre no tenía más que una sola*

cordera, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado, y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno: y tenía la como á una hija. Y vino uno de camino al hombre rico; y él no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar al caminante que le había venido, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y aderezóla para aquél que le había venido. Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo á Nathán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y que él debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo esta tal cosa, y no tuvo misericordia. Entonces dijo Nathán á David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungi por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl; Yo te di la casa de tu señor, y las mujeres de tu señor en tu seno: demás de esto te di la casa de Israel y de Judá; y si esto es poco, yo te añadiré tales y tales casas. ¿Por qué pues tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Uria Hetheo heriste á cuchillo, y tomaste por tu mujer á su mujer, y á él mataste con el cuchillo de los hijos de Ammón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada; por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Uria Hetheo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo levantaré sobre ti el mal de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré á tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres á la vista de este sol. Porque tú lo hiciste en secreto; más yo haré esto delante de todo Israel, y delante del sol. Entonces dijo David á Nathán: Pequé contra Jehová. Y Nathán dijo a David: También Jehová ha remitido tu pecado: no morirás.» (2º Samuel 12:1-13).

De lo anterior rescatamos que David pudo discernir entre lo bueno y lo malo, por eso en el pronunciamiento que hizo juzgó con justicia a aquel hombre pobre, pero cuando el profeta le declara el asunto, reconoció que el hombre rico era él. Lo importante es que se arrepintió de lo que había hecho y conforme a la explicación de la parábola que escuchó, se identifica claramente cuando dice «Pequé contra Dios», bien pudo enojarse y no aceptar lo que Dios le decía a través del profeta Nathán, acto seguido, decidió humillarse ante Dios, y reconocer que Él todo lo ve y lo escudriña. Se sometió a su misericordia buscando el arrepentimiento de

corazón y Dios lo perdonó y no volvió a cometer una falta semejante, vivió rectamente, y en lo sucesivo su corazón fue perfecto delante de Dios pidiendo que su espíritu no fuese quitado de él. Este es el verdadero arrepentimiento que Dios espera de todos sus hijos, porque somos hijos de luz y no habitamos en tinieblas.

Una historia que antecede a la del rey David, es la del rey Saúl, dos personajes cuya experiencia de vida y su relación con Dios fue definida por la manera en que actuaron después de hacer lo malo. A diferencia de David, Saúl no se arrepintió después de hacer lo indebido, tomando funciones que solo le correspondían al sacerdocio; también desobedeció la orden de Dios en relación con lo que tenía que hacer en la guerra contra la ciudad de Amalec. Por esto y otras acciones su reinado fue sentenciado y toda vez que fue rechazado de Dios, no insistió ni tuvo la humildad ni el arrepentimiento necesario para buscar su perdón, siendo posteriormente atormentado por un espíritu malo.

La vida del apóstol Pablo nos deja otra enseñanza de arrepentimiento a una vida nueva, leamos: «*Varones hermanos y padres, oíd la razón que ahora os doy. (Y como oyeron que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio). Y dijo: Yo de cierto soy Judío, nacido en Tarso de Cilicia, más criado en esta ciudad a los pies de Gamaliel, enseñado conforme á la verdad de la ley de la patria, celoso de Dios, como todos vosotros sois hoy. Que he perseguido este camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles hombres y mujeres: Como también el príncipe de los sacerdotes me es testigo, y todos los ancianos; de las cuáles también tomando letras á los hermanos, iba á Damasco para traer presas á Jerusalem aun á los que estuviesen allí, para que fuesen castigados. Mas aconteció que yendo yo, y llegando cerca de Damasco, como á medio día, de repente me rodeó mucha luz del cielo: Y caí en el suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, á quien tú persigues. Y los que estaban conmigo vieron á la verdad la luz, y se espantaron; mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo. Y dije: ¿Qué haré, Señor?*

Y el Señor me dijo: Levántate, y ve á Damasco, y allí te será dicho todo lo que te está señalado hacer. Y como yo no viese por causa de la claridad de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, vine á Damasco. Entonces un Ananías, varón pio conforme á la ley, que tenía buen testimonio de todos los Judíos que allí moraban, viniendo á mí, y acercándose, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella hora le miré. Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha predestinado para que conocieses su voluntad, y vieses á aquel Justo, y oyese la voz de su boca. Porque has de ser testigo suyo á todas las gentes, de lo que has visto y oído. Ahora pues, ¿por qué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre. Y me aconteció, vuelto á Jerusalem, que orando en el templo, fui arrebatado fuera de mí. Y le vi que me decía: Date prisa, y sal prestamente fuera de Jerusalem; porque no recibirán tu testimonio de mí. Y yo dije: Señor, ellos saben que yo encerraba en cárcel, y hería por las sinagogas á los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo también estaba presente, y consentía á su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban. Y me dijo: Ve, porque yo te tengo que enviar lejos á las Gentes.»

(Hechos 22:1-21).

«¿Qué haré Señor?» Con estas palabras el apóstol Pablo reconoce la grandeza de nuestro Dios, que fue Él quien lo buscó y encontró; pronto se sometió a su voluntad y tuvo un cambio radical en su vida. Recordemos que poco tiempo después declaró: «De modo que si alguno está en Cristo nueva criatura es...», donde el viejo hombre lleno de maldad llegó a su final e inicia la historia del nuevo hombre que teme a Dios verdaderamente. La expresión «Y yo dije...» es un reconocimiento que lo que había hecho no era bueno, era pecado, pecando contra Dios y su Iglesia, pero no negó su realidad y eso permitió que se diera en él un arrepentimiento verdadero, para ser un instrumento útil para Dios. Así lo entendemos, Dios lo perdonó, porque creyó, se convirtió, se bautizó y el Señor le dijo: «Ve...», esto como señal que Dios conoce la condición del corazón de todo hombre, y sabía que este hombre

sería un ser santo y que estaría a su servicio hasta el final de su vida, mostrando con ejemplos vivos un amor puro a Dios y a su Iglesia.

Ciertamente muchos hemos crecido en la Iglesia de Dios, hemos sido enseñados conforme a la verdad de su palabra e instrucción de la ley y celosos de hacer la voluntad de Dios, pero en ocasiones nuestras acciones no son congruentes con nuestra fe o compromiso, así como fue lo vivido por el rey David y el apóstol Pablo. Parece que agradamos a Dios, siendo inmisericordes con nuestro prójimo, cometemos una serie de faltas y males, odiando, murmurando, matando a los hermanos con nuestra lengua y vivimos pensando que todo está bien, minimizando de esta manera nuestros actos. No es hasta que uno se rinde a Dios, no mirando vidas ajenas, sino la vida propia, analizando cómo vivimos delante de Dios, que tengamos la fe de nuestro Señor Jesús, que vivamos esas palabras que tantas veces hemos leído en las Sagradas Escrituras, el Señor nos ha llamado para hacer cambios verdaderos, vivir en justicia y santidad, creer de verdad, «arrepentirse y bautizarse» para ser una criatura nueva, apartado de todo lo malo, dejar de ser tibio y vivir nuestra fe, con acciones vivas de un temeroso hijo de Dios, con frutos dignos de un ser que se arrepiente, para tener una vida plena en Dios, sin mancha y sin pecado.

El arrepentimiento sincero y de corazón debe estar respaldado con humillación y oración, lo que nos permitirá abandonar los malos caminos y confesar finalmente los pecados pasados para su perdón por medio del bautismo. De esta manera seamos limpios de toda maldad. La actitud que espera Dios de sus hijos es la siguiente:

«Si se humillare mi pueblo, sobre los cuales mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra» (2º Crónicas 7:14). «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad.» (1º Juan 1:9).